

Marialba Pastor
COORDINADORA

**Ilustración francesa
(Antología de textos)**

Colección “Historiografías”

**COLEGIO DE HISTORIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Proyecto Papime/DGAPA EN 401107**

ÍNDICE

Presentación: Marialba Pastor

Estudio introductorio: Marialba Pastor

Textos historiográficos

MONTESQUIEU, Charles de, “Prefacio del autor”; “Libro Primero. De las leyes en general. Capítulos I, II, III”, pp. 1-8 en *Del espíritu de las Leyes*, Versión castellana de Nicolás Estévez, México, Porrúa, 2003.

VOLTAIRE, “Introducción”, pp. 33-89 del *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia desde Carlomagno hasta la muerte de Luis XIII*, trad. Hernán Rodríguez, Buenos Aires, Hachette, 1959.

CONDORCET, Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, Marqués de, “Décima época: de los futuros progresos del espíritu humano”, pp. 185-210 en *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano y otros textos*, trad. y presentación de Francisco González Aramburu, México, FCE, 1997

ROUSSEAU, Jean Jacques, Libro IV. Tercera Máxima, pp. 332-365, en *Emilio, o De la Educación*. Pról., trad., y notas de Mauro Armiño, Alianza, Madrid, 1990.

Bibliografía

Presentación

Esta antología forma parte de la Colección “*Historiografías*”, cuya finalidad es procurar que los profesores y estudiantes de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, tanto del sistema abierto como del sistema escolarizado, cuenten con un apoyo en el proceso de enseñanza-aprendizaje al disponer de las lecturas básicas y obligatorias que requieren cada semestre, de acuerdo con los programas de los cursos de Historiografía.

La selección de textos de esta antología respondió a la conveniencia de que los estudiantes se aproximen a la Ilustración francesa, uno de los fenómenos culturales de mayor impacto en la historiografía mundial, a través de cuatro de sus autores representativos: Charles de Montesquieu, Voltaire, Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, Marqués de Condorcet, y Jean Jacques Rousseau.

Con el objeto de orientar mejor a los estudiantes, esta antología incluye un Estudio introductorio a estos textos, donde se presentan los rasgos generales de la Ilustración, en especial de la Ilustración francesa, así como algunos datos de la biografía intelectual de los historiadores seleccionados, poniendo énfasis en las propuestas centrales de los textos recogidos.

Con el mismo objetivo orientador, al final de esta antología se incluye una bibliografía general relacionada con la Ilustración y con la historiografía de la Ilustración francesa.

La Facultad de Filosofía y Letras publica esta Colección gracias al apoyo otorgado por la Dirección General de Personal Académico de la UNAM, a través del Programa de Apoyo a Proyectos Institucionales para el Mejoramiento de la Enseñanza (PAPIME). Asimismo, agradece a Diana Alejandra Dávalos Rayo, Harlen Vega Soria, Áurea Lobato Flores y Azalia Servín Alejandre la captura y el cotejo de los textos de esta antología.

Marialba Pastor

Estudio Introductorio

Marialba Pastor

Porque se trata de un asunto que hasta la fecha ha cosechado numerosas discusiones, y cuya profundización impone sumergirse en campos diversos, entre ellos el de la filosofía, en este Estudio Introductorio se destacarán, principalmente, aquellas características de la historiografía de la Ilustración francesa vinculadas con los textos reunidos en esta antología, pertenecientes a cuatro de sus reconocidos *philosophes*¹: Montesquieu, Voltaire, Condorcet y Rousseau.

En estos textos se observa la propuesta ilustrada sobre la investigación y la exposición de los hechos históricos y, en general, su idea de la historia, sus métodos y problemas. Para llegar a ellos, antes se explicará, someramente, qué puede entenderse por Ilustración, en qué contexto surgió su historiografía y cuáles son sus fundamentos.

¿Qué es la Ilustración?

El “Discurso preliminar” de *L’Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, escrito por Jean Le Rond D’Alembert en 1751², es uno de los escritos iniciales de la gran transformación registrada en la historiografía en el siglo XVIII; pues sus objetivos de establecer la estructura y conexión entre las partes del conocimiento humano (las ciencias, las artes y los oficios), y destacar el poder de las luces en su progreso, reclamaron pensar históricamente mundo, es decir, conferirle una triple temporalidad a la realidad: pasado, presente y futuro. Al respecto D’Alembert sostiene que “la exposición histórica del orden en que se han sucedido nuestros

¹ *Philosophes* es el nombre que se dieron a sí mismos los ilustrados franceses.

² D’Alembert, *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, Aguilar, Buenos Aires, 1961. Un antecedente de la

Enciclopedia es el *Diccionario histórico y crítico* (1697) de Pierre Bayle (1647-1706). Entre otras aportaciones

a las humanidades, Bayle escribió que los historiadores debían ser ciudadanos del mundo, no tomar partido por

una causa y servir solo a los intereses de la verdad. Además, los historiadores debían analizar críticamente las

fuentes y comprobar los hechos antes de presentarlos. Ver: “Epicuro” y “Melanchthon” en Pierre Bayle, *Dictionnaire historique et critique*, 4 vols. Amsterdam, P. Brunel, 1730.

conocimientos” será ventajosa para iluminarnos “sobre la manera como debemos transmitir estos conocimientos [...]”.

Por otra parte, la historia de las ciencias está naturalmente unida a la del corto número de grandes genios cuyas obras han contribuido a difundir la luz entre los hombres, y como estas obras nos han suministrado para la nuestra los auxilios generales, debemos comenzar a hablar de ellas antes de dar cuenta de los auxilios particulares que hemos sacado de ellas.³

La Enciclopedia pretendió guardar en forma compendiada “la mayor cantidad de hechos”, principalmente los conocimientos producidos por la humanidad hasta ese momento, así como establecer su lugar y correlación, es decir, convertirse en el gran repositorio de la memoria, cuyo sistema de organización (el árbol perfeccionado del conocimiento, presentado en la obra *Novum Organum* (1620) de Francis Bacon⁴) buscó ser racional, al seguir un orden cronológico y uno geográfico, ya que el tiempo y el espacio fueron considerados las dos coordenadas básicas de todas las ciencias.⁵

Conservando la antigua tendencia de integrar a los seres humanos en la naturaleza, en esta voluminosa obra, tanto los objetos materiales como los espirituales, están dotados de historicidad:

La Historia, en lo que se refiere a Dios, contiene o la Revelación o la Tradición, y, desde estos dos puntos de vista, se divide en historia sagrada e historia eclesiástica. La historia del hombre tiene por objeto, o sus acciones o sus conocimientos, y es, por consiguiente, civil o literaria, es decir, se refiere a las grandes naciones y a los grandes genios, a los reyes y a los hombres de letras, a los conquistadores y a los filósofos. Por último, la historia de la Naturaleza es la de los innumerables productos que en ella se observan y se divide en una cantidad de ramas casi igual al número de estos diversos productos. Entre estas diferentes ramas, debe destacarse la historia de las artes, que no es otra cosa que la historia de los usos que los hombres han hecho de los productos de la Naturaleza, para satisfacer sus necesidades o curiosidad.⁶

³ D’Alembert, *ibid.*, p. 85.

⁴ En la primera parte de su *Discurso* D’Alembert hace referencia al conjunto de obras de filósofos y científicos ingleses y franceses que influyó en la *Enciclopedia*. Entre ellos destaca Francis Bacon. Para una aproximación

general a la importancia de la obra de Bacon para la historiografía puede consultarse: Ernst Breisach, *Historiography. Ancient, Medieval & Modern*, University of Chicago, Chicago, 1983, pp. 190-192.

⁵ D’Alembert, *op. cit.*, pp. 59, 70-72.

⁶ *Ibid.*, pp. 76-77; 163-167.

Publicada en 35 volúmenes por Diderot y D'Alembert, entre 1751 y 1780, *La Enciclopedia* ha sido el símbolo de la Ilustración, debido a las ideas contenidas en las contribuciones de sus 160 escritores, entre quienes destacan tres de los contemplados en esta antología: Montesquieu, Voltaire y Rousseau. En su portada, la Razón le quita el velo a la figura central que es la Verdad, mientras las nubes del cielo se abren para dejar pasar la luz. Erigida como una diosa, la Razón, la facultad humana de pensar, reflexionar y usar el entendimiento en forma ordenada, pretende conducir adecuadamente las pasiones y los sentimientos.⁷

Por lo señalado con anterioridad, y como se verá más adelante, tanto la Razón como el Progreso fueron entendidos por los enciclopedistas franceses como fuerzas religiosas superiores, tomadas como ejes de las grandes narrativas del devenir humano.⁸ Inspirados en la escatología cristiana, la salvación también se erigió como la principal

⁷ Cabe mencionar que unos años antes, el filósofo escocés David Hume (1711-1776), contemporáneo de D'Alembert y demás enciclopedistas, en su obra *Investigación sobre el entendimiento humano* (1748) había

afirmado que el arte de razonar es inquirir seriamente en la naturaleza del entendimiento humano, analizar sus

poderes y capacidades, explicar los hechos con hechos, porque la evidencia es la única garantía o valor. Para

una visión panorámica sobre la discusión que en esta época propició el concepto de razón, puede consultarse a

Peter Gay, *The Enlightenment: An Interpretation. The Rise of Modern Paganism*, Knopf, New York, 1966.

⁸ El historiador estadounidense Carl L. Becker analizó cómo la nueva fe fue tan poderosa que, meses después de

la toma de la Bastilla, los revolucionarios franceses invadieron iglesias católicas (las catedrales de París, Reims,

Troyes y Caen; la basílica de Saint-Denis, las iglesias de Los inválidos y de Tomás de Aquino, entre muchas

otras) para instituir en ellas Templos de la Razón. Muy cercana a los principios cristianos que cuestionaban los

ilustrados, e inclusive a sus ritos y ceremonias, la nueva religión sustituyó los símbolos cristianos y cultivó la

creencia en un Ser Supremo, la Razón o la Naturaleza. La ciudad de Dios se volvió el paraíso terrestre y sintetizó su doctrina en el lema "libertad, igualdad y fraternidad", el cual se inscribió en los mismos templos.

En la catedral de Notre-Dame de París, por ejemplo, se colocaron bustos de los grandes filósofos griegos y se

erigió un altar dedicado a la Razón frente al cual ardió la antorcha de la Verdad. Las fiestas nacionales, como la

Fiesta de la Federación celebrada en 1790, evocaron la liturgia cristiana: procesiones de los creyentes, altares

de la Patria, discursos y loas a los héroes que tomaron como modelo la retórica de los sermones y las hagiografías. Carl L. Becker, *The Heavenly City on the Eighteenth-Century Philosophers*, Yale University,

New Haven & London, 2003, pp. 43-63; 154-159; Jean-Paul Bertaud, *Francia en los tiempos de la Revolución*.

1789-1795, Vergara, Buenos Aires, 1990, pp. 23-49.

meta providencial, sólo que ahora se conseguiría por medio del trabajo industrioso, el éxito y el prestigio ganados al legar obras en favor del progreso de la Humanidad.⁹ Con ello, los tres tiempos (pasado, presente y futuro) se imaginaron entrelazados y en ascenso. Para estos pensadores, la conciencia del pasado permitiría avizorar el futuro desde el presente. Los pueblos carentes de esta conciencia serían incapaces de imaginar el futuro y, por lo tanto, de avanzar.

Si bien el racionalismo y el progreso no fueron algo nuevo, pues Maquiavelo, Descartes y Giambattista Vico¹⁰, entre muchos otros, lo habían desarrollado antes, en la mayor parte de la historiografía de la Ilustración, el plan completo de la Humanidad está trazado por el Progreso conducido por la Razón para el conocimiento de la Naturaleza y el descubrimiento de la Verdad; en lugar de estar trazado por Dios o la Providencia.¹¹ En consecuencia, la religión queda limitada a asuntos relacionados con la fe y la moral o regulación de las conductas humanas, y Dios concederá a los seres humanos la Razón, la Verdad, el Progreso, e inclusive la Naturaleza, para que descubran el sistema del mundo, su sustancia y dirección.¹²

El Discurso de D'Alembert abrió una importante polémica en torno al concepto de *ilustración*, el cual se había escuchado en los ambientes científicos y en algunos círculos de estudio desde el siglo XVII, pero se prestaba a interpretaciones distintas. Esta polémica trascendió las fronteras francesas y llegó al año 1783, cuando el periódico

⁹ Esto explica porqué algunos sabios se convirtieron después en los nuevos santos y para ellos se pensó levantar

templos gigantescos como el *Cenotafio* de 150 metros de altura proyectado por el arquitecto Étienne-Louis

Boullée para rendirle culto a Newton.

¹⁰ En la *Ciencia Nueva* (1725), Vico organizó el pasado en forma racional pero con una idea de la historia en

espiral o círculos progresivos. Para una aproximación general a la importancia de esta obra para la historiografía puede consultarse: Breisach, *op. cit.*, pp. 203-205; 210-214.

¹¹ La mayoría, pero no toda la producción historiográfica siguió este esquema. Montesquieu, por ejemplo, creyó

que la historia estaba llena de vicisitudes y casi no empleó el término progreso. Jean Starobinski, *Montesquieu*,

FCE, México, 2000, p. 61.

¹² Razón, Verdad, Progreso y Naturaleza se escribirán con letras mayúsculas, por concebirse como entes Superiores, fuera del dominio y el control de los hombres, aunque estos influyan en su realización y desarrollo. D'Alembert, *op. cit.*, pp. 39-40; 98; Thomas Munck, *Historia social de la Ilustración*, Crítica,

Barcelona, 2000, pp.191-210; Gay, *op. cit.*, p. 317; Ernst Cassirer, *La filosofía de la Ilustración*, FCE, México,

1966, pp. 195-206.

alemán *Berlinische Monatsschrift* convocó a “[...] un concurso para premiar la mejor respuesta a la pregunta ‘¿Qué es la Ilustración?’”.¹³

Coincidente con otras respuestas, la ofrecida por el filósofo alemán Immanuel Kant fue la que sintetizó la intención fundamental de la nueva manera de pensar y actuar. Por este motivo, y por la difusión de su obra en toda Europa, Kant tuvo, además de seguidores alemanes, seguidores franceses e ingleses.¹⁴ La primera frase de su respuesta fue la siguiente: “*La Ilustración es la superación de la inmadurez mental del hombre producida por su propia culpa*”. ¿Incapacidad de qué? Incapacidad de los seres humanos de pensar por sí mismos; incapacidad debida a su falta de decisión y voluntad, a su pereza y cobardía; incapacidad para superar sus conductas serviles y su sumisión; incapacidad por dejarse guiar cómodamente por los dictados de otro y no servirse de su razón para entender el mundo.¹⁵ De acuerdo con Kant, para progresar era necesario librarse de los contratos eternos, los mitos, los dogmas y los prejuicios; librarse de quienes alimentaban el miedo, la superstición y los sentimientos de culpa¹⁶; en cambio, tomar el destino en las propias manos, practicar la duda y la crítica, actuar contra las injusticias, protestar contra los abusos, expresar públicamente lo que se piensa y promover el “sentido común”.¹⁷ “*Sapere aude! (Atrévete a saber)*” fue para Kant el lema de la Ilustración.¹⁸

El término Ilustración designa un movimiento intelectual rico, variado y en ocasiones contradictorio que surgió en el siglo XVIII y desembocó en un proyecto social que influyó en las grandes revoluciones de finales de este siglo y del siguiente: la Independencia de las Trece Colonias de Norteamérica, la Revolución Francesa, la Independencia de las colonias españolas en América y las revoluciones burguesas. Este proyecto modificó la concepción de la vida, las relaciones de los seres humanos con la

¹³ Dorinda Outram, *La Ilustración*, Siglo XXI, México, 2009, p. 9.

¹⁴ Para más datos sobre los vínculos entre ilustrados alemanes y franceses ver la nota 26.

¹⁵ “*Aufklärung ist der Ausgang des Menschen aus seiner selbstverschuldeten Unmündigkeit. Unmündigkeit*” en

Kant, Erhard, *et al. Was ist Aufklärung? Thesen und Definitionen*, Reclam, Stuttgart, 1974, p. 9. [Kant, Immanuel, “¿Qué es la Ilustración?”, en *Filosofía de la Historia*, FCE, México, 1987, p. 25-38]

¹⁶ *Ibid.*, pp. 10-12.

¹⁷ Para Kant el “sentido común” es el buen sentido, el juicio compartido con otros, la capacidad de cada individuo de ponerse en el lugar de otro y entenderlo. Kant, Immanuel, “Del Sensus Communis, a la capacidad

de ‘juicio’”. J. B. Erhard, *¿Qué es Ilustración?*, Madrid, Tecnos, 2007, p. 26.

¹⁸ Kant, *Was ist Aufklärung?*, *op. cit.*, p. 9.

naturaleza y con sus semejantes, e influyó en todas partes del globo. Sus representantes pertenecieron a diversas nacionalidades (ingleses, franceses, españoles, alemanes, americanos, rusos, polacos, etcétera), oficios y profesiones (filósofos, escritores, biólogos, músicos, etcétera), incursionaron en muy distintos temas, y el impacto de sus trabajos fue desigual.

Pero además de entenderse como un movimiento intelectual que desembocó en un proyecto social, los propios ilustrados consideraron que la Ilustración era un proceso histórico discontinuo e inconcluso, que habiendo dado algunos pasos menores y desarticulados en el pasado, avanzaría cada vez más rápido e inexorablemente hacia la perfección de la Humanidad entera.¹⁹ Este proceso se había iniciado en la Grecia antigua y había renacido en varios momentos del pasado, cuando la búsqueda de la justicia, la paz, la libertad y el mejoramiento general de las condiciones de vida se dirigía a superar el miedo, la violencia, la desigualdad y la dependencia. Algunas “edades felices”²⁰ habían sido el Renacimiento, la revolución científica de los siglos XVI y XVII --sobre todo con las teorías y descubrimientos de “las luces” de Copérnico, Galileo, Francis Bacon, Newton, Descartes y Vico-- y la revolución política inglesa de 1688 --debido a las teorías de John Locke y la introducción del parlamentarismo moderno.²¹ Los ilustrados elogiaron estas épocas porque en ellas los seres humanos habían usado críticamente la razón para explicar el acaecer del mundo y, desde su perspectiva, esto había abierto las puertas al conocimiento de la naturaleza física y humana para dejar atrás la ignorancia y la superstición.²²

La crítica del antiguo régimen²³

¹⁹ Humanidad con mayúscula porque, al igual que el cristianismo, es concebida como la unión de las distintas

naciones del orbe, predestinada para arribar a la armonía y la perfección.

²⁰ Voltaire, *El Siglo de Luis XIV*, FCE, México, 1996, pp. 7-8.

²¹ Son algunos autores reconocidos por *La Enciclopedia*. Ver: D'Alembert, *op. cit.*, pp. 99-110; Thomas Munck, *op. cit.*, pp. 8-9.

²² Por ejemplo, el filósofo e historiador francés Voltaire pensó que el proceso de ilustración había avanzado por

el camino correcto en cuatro edades felices: la Grecia de Pericles; la Roma de Julio César y Augusto; la Italia

de los Medicis y la Francia de Luis XIV. Voltaire, *El Siglo de Luis XIV*, *op.cit.*, pp. 7-8.

²³ El concepto de *antiguo régimen* lo acuñaron los revolucionarios franceses para referirse, despectivamente, al

viejo mundo monárquico, aristocrático y clerical en el cual prevalecía el despotismo y la injusticia (1600-1750).

La Ilustración se vincula estrechamente a los cambios acaecidos en la Europa occidental en el siglo XVIII: el crecimiento demográfico, la expansión económica, el urbanismo y la mejora de los transportes y las comunicaciones.²⁴ En ese periodo, una parte de la nobleza mostró sus aspiraciones burguesas al invertir en empresas manufactureras y comerciales con el fin de reproducir sus capitales, y una parte de la burguesía mostró aspiraciones nobles, como ser elogiada y condecorada, disponer de servidumbre y codearse con personalidades distinguidas. Admiradores de la Revolución industrial inglesa, a ambos grupos les interesó disfrutar de una mayor libertad de explotación de los recursos humanos y naturales sobre la base de un trabajo ordenado, planificado y sistematizado que garantizara el aumento de la producción de las mercancías, así como un intercambio más dinámico y, por consiguiente, mayores ganancias. De este modo, la adopción de métodos de racionalización económica reafirmó la creencia en que el uso de la razón conducía al verdadero conocimiento de las cosas, y viceversa.

La fe en el progreso económico, esto es, en el arribo de la abundancia, promovió que los dueños del capital expusieran sus exigencias al despotismo monárquico con el fin de reducir los privilegios de la nobleza y el clero, el ocio, la infertilidad de las tierras potencialmente productivas, el desorden administrativo y el desacato de las leyes. No obstante, en el siglo XVIII, los capitalistas no fueron antimonárquicos; sólo presionaron para ampliar las libertades y el goce de la propiedad privada; para eliminar los fueros estamentales y reconocer los derechos individuales.²⁵

Una de las obras que mejor caracteriza este sistema, razón por la cual el concepto fue acuñado en la historiografía, es la de Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, FCE, México, 1998.

En el siglo XX, historiadores franceses del grupo fundado por Marc Bloch y Lucien Febvre, conocido como

Escuela de Annales, lo aplicaron a los Estados-nación europeos organizados en forma monárquica y estamental entre los siglos XVI y XVIII. Ver: Pierre Goubert, *El antiguo régimen I*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1976.

²⁴ Outram, *op. cit.*, p. 23.

²⁵ Lefebvre, Georges, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Roca, México, 1975, pp. 121-123.

En la Francia del siglo XVII, Luis XIV²⁶, el Rey Sol, le había impreso un estilo moderno a su monarquía: había limitado la injerencia de la aristocracia y el clero en los asuntos del Estado y reducido sus privilegios. Aunque parezca paradójico, en esta acción se hallaron gérmenes importantes del pensamiento ilustrado, ya que después del rey francés, los déspotas ilustrados que gobernaron otros reinos en el siglo XVIII (Federico II de Prusia²⁷, Catalina II de Rusia, Maximiliano I de Baviera, José II de Habsburgo y Carlos III de España) se distinguieron, al igual que él, por modernizar sus reinos: procuraron eliminar las trabas feudales a la economía, crear bancos nacionales, organizar ejércitos estatales, ayudar a los campesinos pobres, construir carreteras,

²⁶ En su obra *El siglo de Luis XIV* (1751), Voltaire exaltó el reinado de este monarca por haber desarrollado el principio de civilidad y la conciencia de civilización en estrecha relación con la vida cortesana y urbana y por proteger a los grandes talentos, particularmente a los pintores, escultores, poetas y filósofos. Según este ilustrado, para que un Estado sea poderoso, hay que eliminar las relaciones feudales y fundar leyes de las cuales emane la libertad del pueblo. Asimismo se deben promover el comercio, la navegación, las letras y las artes, y acabar con las guerras, el ocio y la falta de educación. Además de dar cuenta de la política exterior de Luis XVI (capítulo I), de la vida de este rey y su corte (capítulo II), del gobierno interior (capítulo III) y de la vida intelectual, las letras, las artes y las ciencias en el siglo XVII (capítulo V), la obra es una crítica a la Iglesia católica (capítulo IV), la cual “[...] instituida para enseñar la moral, se deja arrastrar frecuentemente por la política y las pasiones humanas” y promueve el relajamiento y la ignorancia. En la parte final, *El Siglo de Luis XIV* cuestiona al poder eclesiástico por haber revocado en 1685 el edicto de Nantes que se había abierto a la tolerancia religiosa; por haber perseguido a los jansenitas y permitido la expulsión de los hugonotes de Francia. En el mismo sentido entenderán los ilustrados el concepto de civilización (de civilidad, urbanidad, sociabilidad, leyes civiles, hombres conducidos por la razón) contrario al concepto de barbarie (de incivilidad, desorden, irracionalidad, hombres conducidos por los instintos y las pasiones).

²⁷ Kant admiró al rey de Prusia, Federico II el Grande (1740-1786), a quien consideró un príncipe ilustrado por haber concedido a sus súbditos la libertad de elegir la religión que desearan y dejar “en libertad a cada uno para que se sirviera de su propia razón en las cuestiones que atañen a su conciencia”. Kant, Erhard, *et al. Was ist Aufklärung?*, *op. cit.*, pp. 15. Discípulo y gran amigo de Voltaire, Federico II cultivó las ciencias y artes y en su producción historiográfica imitó a su maestro. Su primer acto de gobierno fue decretar la abolición total de la tortura y establecer el Estado de Derecho al suprimir la injerencia de la Corona en la venta de los cargos públicos y en el ámbito judicial, un paso hacia la separación de los poderes. En 1794 el Código de Derecho Civil y Penal entró en vigor en Brandenburg significando un avance importante en la nueva concepción

desecar pantanos, y promover la ciencia y las artes. Por otra parte, en las regiones y colonias católicas mostraron interés en que el Estado se hiciera cargo de la educación en lugar de la Iglesia y, entre 1759 y 1771, expulsaron a los jesuitas por considerar que detentaban un poder excesivo.

Desde el final de gobierno del Luis XIV, el gobierno francés reveló debilidades militares, problemas de política exterior y fracasos financieros. Las pugnas por el manejo de los impuestos y la propiedad inmueble afloraron entre los monarcas, la nobleza y el alto clero. Mientras tanto, la burguesía capitalista mostró interés en reducir la injerencia de la Iglesia católica en los asuntos públicos y las tradiciones populares, y en eliminar los gremios y las corporaciones para dejar libre al comercio. Además criticaron al *antiguo régimen* tomando como modelo a la Revolución gloriosa inglesa, los principios de su Constitución y la teoría del contrato social de John Locke, donde cuestionaba la monarquía de derecho divino.²⁸

Los debates abiertos desde la Reforma protestante en torno a la religión y, particularmente, los conflictos entre las distintas iglesias cristianas también abrieron paso al pensamiento ilustrado. En Gran Bretaña, el metodismo aumentó sus seguidores al poner en entredicho al clero anglicano²⁹; en Alemania, católicos, luteranos y calvinistas escenificaron constantes fricciones, y en Francia ocurrieron disputas entre hugonotes y pietistas alemanes y, entre 1750 y 1770, pleitos relacionados con los decretos papales, la autoridad real, el declive de las órdenes monásticas, el relajamiento de la disciplina del clero, la expulsión de los jesuitas, las diferencias entre alto y bajo clero, etcétera. En esta nación, todo ello propició la crisis de la fe, el desencanto de los ritos, el alejamiento de las fórmulas religiosas, en suma, un proceso de desacralización³⁰ que proseguiría en el siglo XIX con el dismantelamiento de la estructura eclesiástica y la separación de la Iglesia y el Estado.

del Estado basada en la supremacía del contrato social. Cassirer, *op. cit.*, pp. 156-195.

²⁸ John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, Alianza, Madrid, 2004, pp. 103-110.

²⁹ Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2. vols., Crítica, Barcelona, 1989, pp. 13-44.

³⁰ El término „descristianización“ ha sido empleado por la historiografía para explicar el proceso de sustitución

de lo religioso por lo civil. En virtud de que las creencias y los valores cristianos no sufrieron deterioro a

pesar de las críticas, resultan más adecuados los términos desacralización o secularización para destacar esta

Uno de los reclamos más insistentes de los ilustrados franceses fue la tolerancia religiosa, una propuesta elaborada por Jean Bodin desde el siglo XVI³¹, la cual se había impulsado con energía en el siglo XVII en los Países Bajos e Inglaterra con la finalidad de limpiar de obstáculos las transacciones comerciales entre judíos, protestantes y católicos. Como podrá observarse en los textos de Montesquieu, Voltaire y Rousseau, la obra de Plutarco³² fue una de las más retomadas en estos tiempos por sostener que tanto la superstición como el ateísmo eran frutos de la ignorancia; pero mientras el ateísmo era un engaño de la razón, la superstición era una pasión que surgía de un falso razonamiento. Según este historiador antiguo, la superstición hacía nacer el miedo, sumaba la cobardía a la estupidez, paralizaba la fe y creaba ansiedad permanente, en lugar de tranquilizar la mente.

Para muchos ilustrados, las religiones habían funcionado como instrumentos de control de los seres humanos, y sus líderes habían empleado la persuasión y la amenaza para moldear los sentimientos y las emociones y para preservar así sus privilegios y dominación. En el caso del cristianismo, pensaron que se trataba de una religión intolerante, porque afirmaba poseer la verdad única y consideraba falsos los demás credos. Su poder radicaba en su oferta de salvación eterna, pero también en su estructuración y en sus múltiples funciones como religión social, sistema ético, teoría de la historia y cosmología.³³

Para estos mismos ilustrados, la revelación, la promesa de alcanzar el paraíso, y el miedo al infierno habían cerrado la posibilidad de cuestionar los fundamentos del mundo. Las instituciones cristianas habían traicionado los principios de la filosofía grecolatina al cancelar la crítica, despreciar los recursos de la mente y adaptar los temas de la mitología antigua a su conveniencia; vaciándolos de contenido y convirtiéndolos muchas veces en pura retórica: metáforas, alegorías, retórica o tópicos literarios.³⁴

sustitución. Ver: Michel Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle*, Éditions du Seuil, Marseille, 1978.

³¹ Jean Bodin, *Colloquium of the Seven about Secrets of the Sublime*, Marion Leathers Kuntz, Penn State Press, 2008.

³² También puede consultarse a Gay, *op. cit.*, pp. 152-153.

³³ *Ibid.*, p.170.

³⁴ *Ibid.*, pp. 225-226.

Según Voltaire, todos los seres pensantes debían unirse contra los fanáticos y los hipócritas, destruir la superstición y promover el valor de pensar por sí mismo. La crítica era el arma más importante para dismantelar al antiguo régimen, sobre todo el abuso del poder, el uso autoritario del gobierno, y los privilegios de los dos estamentos u órdenes superiores: el noble-aristocrático y el eclesiástico. Según él mismo, los filósofos tenían en sus manos la misión de sembrar el árbol de la sabiduría, ordenar los argumentos para aclarar las cosas y oponerse a los secretos, los misterios y el lenguaje oscuro.³⁵

Pero, aunque criticaran al pensamiento religioso, se apartaran de los dogmas cristianos y buscaran disminuir la injerencia de la Iglesia católica en los asuntos civiles, los ilustrados franceses siguieron creyendo en Dios, y algunos de ellos se conservaron como religiosos apasionados llenos de preocupaciones teológicas. Cuestionaron el oscurantismo y el secretismo de las religiones organizadas e institucionalizadas, abandonaron el catolicismo o el protestantismo, pero muchos de ellos se convirtieron al deísmo, el movimiento religioso de origen inglés que afirmaba la imposibilidad de conocer a Dios, sus actos, sus deseos e intenciones, pero admitía su existencia como Causa Primera, Creador del Universo, Inteligencia omnipotente, sin influencia en las elecciones de los hombres.

El ambiente cultural

La expansión de la cultura escrita y la difusión del impreso captaron la atención de los trabajadores rurales y urbanos en el siglo XVIII, tanto en las grandes ciudades francesas como en los ámbitos agrarios apartados de ellas. En ese siglo la alfabetización creció y, aunque el conocimiento popular siguió girando en torno a los textos religiosos, devocionales y la historia mitológica, la circulación de otro tipo de impresos y las reuniones de lectura donde se presentaron descubrimientos científicos y nuevas ideas sociales y políticas se multiplicaron.³⁶

³⁵ Bernhard Groethuysen, *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*, FCE,

México, 1985, pp. 95-104.

³⁶ *Ibid.*, pp. 42-48, 76-93; Roger Chartier, *El mundo como representación*, Gedisa, Barcelona, 2002, pp. 145-

Los cuentos infantiles, los relatos de viajes, las biografías, las novelas y los periódicos se ofrecieron en las ferias y un mayor número de bibliotecas se abrió al público. Esto significó la aparición de escritores de alta y baja monta, es decir, desde aquellos que indagaron los problemas con seriedad y rigor, hasta los que vivieron de la nota roja, la pornografía o el escándalo público. Asimismo, la producción de impresos motivó la difusión de la prensa como un medio autónomo y la apertura de nuevos negocios: imprentas, librerías, casas distribuidoras, etcétera.³⁷

Si frente a la cultura oral y la comunicación por medio de símbolos, mensajes ocultos e imágenes, predominantes en los siglos anteriores, la cultura escrita ganó terreno, esto demandó el claro discernimiento y ordenamiento de las ideas en el cerebro para su expresión correcta, es decir, implicó un nuevo tipo de lógica y racionalidad que se preguntó por muchas cosas, entre ellas por la existencia de los seres intangibles, el Demonio, el infierno o el mal.³⁸

La Enciclopedia alcanzó la condición de *best-seller* debido a los 25 mil ejemplares vendidos entre el reinado del Luis XV y el de Luis XVI, sin poder afirmar con certeza que haya sido asequible a artesanos y campesinos, aunque sus planteamientos hayan calado poco a poco, desde los estratos altos y medios al resto de la sociedad francesa; además de convertirse, como mercancía, en un gran negocio.³⁹ Lo que sí se puede asegurar es que, en el siglo XVIII, la sabiduría mundana se revaloró y los científicos, los eruditos y los cultivadores del arte y del buen gusto empezaron a ser admirados. Estos se reunieron en las cafeterías, las tabernas, los clubes y los salones que empezaron a proliferar en los centros urbanos, para relatar sus experiencias, sus viajes a tierras exóticas, y para intercambiar puntos de vista y debatir sobre asuntos como la función de las religiones y la moral, el comportamiento de los astros, la naturaleza de los seres humanos, los animales y los vegetales, los derechos de los gobernantes, etcétera. Algunos de ellos lo hicieron con relativa apertura, pero, ante la presión, la

162. Este autor ha analizado la importancia de la comercialización y difusión de la Biblioteca Azul, una colección de libros pequeños y baratos (novelas, romances medievales, almanaques, etcétera) que se distribuyeron en los mercados rurales y se vendieron en grandes cantidades en Francia y otras naciones europeas en la segunda mitad del siglo XVIII.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ Groethuysen, *Filosofía...*, *op. cit.*, pp. 31-32.

³⁹ Munck, *op. cit.*, pp. 100-109; Robert Darnton, *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la*

vigilancia y la censura de la monarquía, otros se vieron obligados a fundar sectas o logias secretas.⁴⁰

Entre los grupos clandestinos que cultivaron la sabiduría destacaron más de 600 logias masónicas distribuidas por toda Francia con notables diferencias: desde aquellas que reinstalaron ritos ocultistas de antiguas religiones orientales hasta las que, con un perfil moderno, convirtieron sus reuniones en momentos de divulgación de los principios de la física, la astronomía y las matemáticas. Fueron un antecedente y modelo de los partidos políticos y la sociedad democrática, y constituyeron núcleos de desestabilización cultural y oposición al *antiguo régimen* y al autoritarismo prevaleciente en las relaciones sociales, tanto en la vida cotidiana y familiar como en la vida laboral y política.⁴¹

Además de despertar la curiosidad por conocer la naturaleza y la esperanza en un nuevo estado de cosas, en las logias y los grupos religiosos se cultivó el espíritu de hermandad y solidaridad, y la idea de que el conjunto de pueblos unidos, denominado Humanidad, seguiría inexorablemente un mismo proceso hacia la perfección. En algunas de ellas influyeron los *Illuminaten* (iluministas alemanes)⁴², quienes deseaban la supresión de la Iglesia católica, la familia y la propiedad privada de los medios de producción, y luchaban por la igualdad, la justicia, la fraternidad, así como por el desarrollo de la investigación y las experiencias que llenaran la vida de sentido.⁴³

Encyclopédie, 1775-1800, FCE, México, 2006.

⁴⁰ Munck, *op. cit.*, pp. 146-148; Groethuysen, *Filosofía...op.cit.* p. 166; Robert Darnton, *Edición y subversión*.

Literatura clandestina en el Antiguo Régimen, FCE/Turner, Madrid, 2003, pp. 15-32.

⁴¹ Los orígenes de la masonería, su expansión, ideario y ritos han sido estudiados por Margaret C. Jacob, *Living the Enlightenment: Free masonry and Politics in Eighteenth-Century Europe*, Oxford University Press, New York, 1991.

⁴² Desde tiempos antiguos, los miembros de algunas sectas se consideraron a sí mismos iluminados, una vez

realizados y aprobados los ritos de iniciación exigidos por sus superiores. Desde el siglo XVI, los llamados

iluministas se organizaron en sectas. Estos no deben confundirse con los ilustrados y, para evitar equívocos,

tampoco es recomendable usar el término Iluminación para referirse a la Ilustración. Koselleck, Reinhart,

Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués, Trotta, Madrid, 2007, pp. 70-75.

⁴³ *Ibidem*.

La *república de las letras* se había constituido en el siglo XVII como un espacio virtual a través del cual habían transitado cartas, reflexiones científicas y filosóficas e informaciones políticas y culturales entre la elite científica e intelectual. En Francia, esta *república* se hizo presente en el siglo XVIII en los salones y las cafeterías estableciendo una comunicación dinámica entre quienes que se inclinaban por la transformación del estado de cosas.⁴⁴ Cruzando las fronteras, las personalidades de esta república crearon una red que tendió a conformar acuerdos sobre algunas materias, muchas veces motivados por deseos, intereses y aspiraciones no muy racionales.

Algo muy poderoso se movía debajo de las viejas y anquilosadas instituciones, pues la publicación de libros considerados subversivos y corruptores de las costumbres morales por el clero y la realeza no se pudo frenar, a pesar de las campañas y el encarcelamiento de cientos de autores y tenedores de libros en la fortaleza de la Bastilla.⁴⁵ La discusión, el debate, el intercambio de puntos de vista y la comunicación pública, libre y abierta, crearon la costumbre de compartir los secretos y las intimidades de las personas, es decir, generaron formas nuevas de socialización, más directas y transparentes. Estas animaron la vida de los cafés, los restaurantes, las bibliotecas y las salas de conferencias, los teatros, los espectáculos callejeros y la ópera.⁴⁶ A ello se sumó la producción de los primeros medios de comunicación en un sentido masivo: boletines, periódicos, folletos, libros y revistas.

El traslado de los asuntos que antes eran exclusivos de las autoridades estatales o religiosas al público en general requirió que los interesados en ellos compartieran un mismo entendimiento, esto es, una misma racionalidad. Los acuerdos comunes, base de la nueva comunicación, serían el antecedente del consenso u “opinión pública” que se formaría a partir de la transmisión oral de las ideas y, cada vez más, a través de la expresión escrita, sobre todo en los espacios urbanos.⁴⁷

⁴⁴ Munck, *op. cit.*, pp. 100-109; Gay, *op. cit.*, p. 61.

⁴⁵ Gay, *op. cit.*, p. 76.

⁴⁶ Munck, *op. cit.*, pp. 66-71.

⁴⁷ La “opinión pública” ha sido un tema ampliamente debatido en las últimas décadas. Los debates han oscilado entre quienes sostienen la imposibilidad de medir estadísticamente un fenómeno de tal naturaleza y quienes resuelven que en realidad es el producto de la manipulación de los medios de comunicación. Para el filósofo alemán Jürgen Habermas, en la época de la Ilustración, la circulación de la prensa, las asociaciones políticas, las sociedades de amigos, las academias científicas y las bibliotecas crearon una “sociabilidad

A semejanza de la Royal Society of London (1645), así como de las academias provinciales, en Francia, L'Académie française, fundada en 1635 como una compañía de doctos, fue impulsada como un centro de desarrollo intelectual donde, además de instituir y difundir la lengua francesa, se analizaron las ideas de Newton y Descartes y se relegaron las disquisiciones de carácter teológico en favor del uso del método científico en el conocimiento de la cosas. Esto implicó practicar la investigación aplicando la duda sistemática, la observación atenta, la experimentación y la verificación de los hechos frente a públicos versados.⁴⁸

Los avances logrados en las ciencias y la tecnología⁴⁹, la necesidad de pensar libremente e intentar desprenderse de los prejuicios o ideas preconcebidas, y la crítica de las doctrinas religiosas que empleaban la magia y el miedo para imponer verdades únicas o una sola explicación del mundo, y promovían así la dependencia de los seres humanos en fuerzas sobrenaturales todopoderosas, pusieron en entredicho los dogmas religiosos, sobre todo en Francia, donde la Iglesia católica mantenía sólidas alianzas con la monarquía.⁵⁰ El conocimiento por medio de la revelación, los textos sagrados, los intérpretes o la tradición no fue aceptado al considerar irracionales estas formas de acceso a la realidad; en cambio se retomaron los principios de la dialéctica: el mal nos hace reflexionar sobre las virtudes; es, en este sentido, un bien –afirmó D'Alembert.⁵¹

burguesa”, independiente de las autoridades, desde la cual se criticó al régimen absoluto en Francia. Las críticas formaron un consenso u “opinión pública” que más adelante le otorgaría legitimidad a los gobiernos y

que, en nuestros días, buscaría garantizar la democracia. Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión*

pública. La transformación estructural de la vida pública, Barcelona, Gustavo Gili, 1990.

⁴⁸ Munck, *op. cit.*, pp. 103-105.

⁴⁹ Quizás el más importante de todos fue el registrado en la medicina, porque el combate de las enfermedades y

la esperanza en su curación revolucionaron el concepto de vida. Algunos ilustrados fueron médicos y algunos

médicos adoptaron la filosofía ilustrada por encontrar en ella recursos para combatir el pesimismo, el fatalismo

y la resignación, e introducir en los enfermos el ánimo por la salud. Gay, *op. cit.*, p. 17. Como consta en la

historiografía decimonónica, el uso de vocablos provenientes de la medicina y la biología es frecuente: órganos, sistemas, gérmenes, contagio, plaga, etc.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 59-60; 88-89; Munck, *op. cit.*, p. 24.

⁵¹ D'Alembert, *op. cit.*, p. 39.

La historia universal y su evolución

Los cuestionamientos al antiguo régimen tuvieron un fuerte impacto en la historiografía, pues, continuando las enseñanzas de los humanistas italianos, principalmente las historias de Florencia de Maquiavelo y Guicciardini, los historiadores profundizaron la separación de lo mundano y lo divino, y se acercaron a los acontecimientos históricos con mente crítica. Además, se emanciparon de la tutela del Estado y pocas de sus obras estuvieron a su servicio, o bajo su dirección, aunque siguieron siendo vigiladas por los gobernantes, y algunos textos fueron severamente censurados.

En el siglo XVIII se emprendieron costosas expediciones con fines científicos, vinculadas al capitalismo industrial y a los intereses imperiales. El océano Pacífico y sus numerosas islas (más de 25 mil) constituyeron el “nuevo mundo” de la Ilustración⁵² y, como había ocurrido con el descubrimiento y dominación de otras áreas geográficas, los recursos naturales y las costumbres indígenas significaron ricas fuentes del conocimiento y el arte. El enfrentamiento con gente extraña avivó la discusión en torno a las semejanzas y diferencias entre unos pueblos y otros, la clasificación de las “razas” humanas⁵³, la división entre civilizaciones y sociedades primitivas, la superioridad e inferioridad de las naciones, las etapas evolutivas de lo pobre y primitivo hasta lo rico y civilizado, y las causas del desarrollo y el atraso.⁵⁴ Por ende, la obsesión enciclopédica

⁵² Outram, *op. cit.*, pp. 63-65.

⁵³ En su *Sistema de la naturaleza* (1735), Carolus Linneo creyó clasificar la creación de Dios según clases, órdenes, géneros y especies. De ahí surgió la diferenciación entre europeos blancos, indios americanos rojos, africanos negros y asiáticos morenos, aunque años antes estos pueden observarse en los cuadros *Die vier Erdteile* (Alte Pinakothek München) del pintor Jan van Kessel (1626-1679), los cuales contienen la clasificación del mundo en las cuatro partes conocidas hasta ese momento (sin Australia ni las islas del Pacífico), con la naturaleza propia de varios de sus países o regiones.

⁵⁴ Adam Ferguson, *An Essay on the History of Civil Society*, T. Cadell, London, 1782. Esta es una de las obras más importantes de la Ilustración inglesa. Se reconoce como pionera de la sociología por haber sido escrita en

1766, es decir, antes de los trabajos de Saint Simon y Auguste Comte. En ella Ferguson analiza la idea del progreso y los problemas de la propiedad y desarrolla la teoría de la lucha como motor de la supervivencia y el dominio de unos pueblos sobre otros. Habla de cuatro etapas de la historia humana: caza, pastoreo, agricultura

por conocerlo todo ocurrió en forma simultánea al impulso por dominar y transformarlo todo. En este contexto, la ciencia de la Historia cobró gran importancia al convertirse en un excelente vehículo de legitimación del colonialismo. Esto ayudó a que se independizara de otros saberes y adquiriera un propio objeto de estudio: el pasado humano.⁵⁵

Con la Ilustración se adoptó un “tono cada vez más marcadamente historicista”.⁵⁶ Para *La Enciclopedia*, la memoria es, junto con la razón y la imaginación, una de las tres facultades que forman las tres divisiones del árbol o sistema: la Historia es cosa de la memoria, la Filosofía es fruto de la razón y las Bellas Artes nacen de la imaginación. Pero la memoria es necesaria a las otras dos, por eso: “Cuando los antiguos llamaron a las Musas hijas de la memoria, [...] acaso se daban muy bien cuenta de que esta facultad del alma es necesaria a todas las demás, y los romanos levantaban templos a la memoria como lo hacían a la Fortuna”.⁵⁷

En la nueva historiografía, la división del pasado humano supuso cuatro edades: las antiguas civilizaciones, el pasado grecorromano, el milenio cristiano y la modernidad. De ellas la antigua y la cristiana-medieval se consideraron religiosas, supersticiosas y llenas de mitos; y la grecorromana y la moderna se calificaron como ilustradas, científicas y críticas.⁵⁸ No obstante, el interés de los ilustrados se dirigió a todas las civilizaciones, desde las más antiguas hasta las más modernas, para dar cuenta así de las diversas manifestaciones humanas y completar el conocimiento del pasado. Consecuente con la exaltación de la historia de la naturaleza y su mecánica, los historiadores prestaron mayor atención a la historia de la industria, el comercio y la vida material; aunque conservaron la costumbre de atribuirle a los héroes y las grandes personalidades una importancia singular, y enfatizar la vida de los reyes y los nobles, las discordias diplomáticas y las guerras,⁵⁹ lo cual se convertiría en la “historia política,

y comercio.

⁵⁵ Isaiah Berlin, *Contra la corriente*, FCE, México, 2006, pp. 61, 64.

⁵⁶ R. G. Collingwood, *Idea de la Historia*, FCE, México, 1968. p. 78

⁵⁷ D’Alembert, *op. cit.*, pp. 85; 163-167. En estas últimas páginas, las cuales corresponden a la “Explicación detallada del sistema de conocimientos humanos”, D’Alembert proporciona las divisiones y subdivisiones de

la historia sagrada, civil y natural.

⁵⁸ Ver nota 20; Gay, *op. cit.*, pp. 37-38.

⁵⁹ Lo anterior no quita que algunos ilustrados como Voltaire dejaran de atribuir importancia a los grandes

diplomática y militar” que tanto criticaría la historiografía francesa de *Annales* en el siglo XX.⁶⁰

La preocupación por darle un orden evolutivo al pasado --una estricta organización espacial y secuencia cronológica-- y descubrir su proceso continuo e ineludible hacia la perfección, promovió entre los ilustrados la recuperación de la doctrina cristiana de la ley natural que concebía a todos los seres humanos como integrantes de una misma especie cuya naturaleza era, en esencia, la misma en todos los tiempos y lugares y perseguía metas universales comunes. Siendo así, las acciones humanas se hallaban “[...] determinadas, lo mismo que los demás fenómenos naturales, por las leyes generales de la Naturaleza.”⁶¹ Ni los seres humanos ni los pueblos se imaginaban “[...] que, al perseguir cada cual su propósito, según su talante, a menudo en mutua oposición, siguen insensiblemente, como hilo conductor, la intención de la Naturaleza,

hombres y dejaron de lado al pueblo. Lefebvre, *op. cit.*, 127-129. De esta historiografía surgieron los primeros

brotos de esa fragmentación positivista que terminaría por dividir la realidad en lo geográfico, lo económico,

lo político, lo social, lo cultural, etcétera, para dar paso a las especialidades.

⁶⁰ Dos de los primeros discursos sobre las ideas del progreso y de la historia universal fueron presentados por

Anne Robert Jacques Turgot (1727-1781) en la universidad de la Sorbona de París en 1750. En ellos, este

noble ilustrado y eclesiástico francés planteó cómo en la historia de los pueblos civilizados, es decir, de aquellos que habían desarrollado formas de control de los instintos y las bajas pasiones, se correspondía con la

historia del cristianismo. De este modo, el motor impulsor de la razón y el progreso humanos era la religión.

En su idea de la historia universal, Turgot intentó introducir un visión integral del pasado humano dividido en

tres edades (un antecedente de la ley de los tres estadios de Auguste Comte) en íntima conexión con la geografía. Este ilustrado de ideas liberales moderadas produjo obras sobre diversos temas, sobre todo sobre

filosofía, matemáticas y física. En 1774 fue designado ministro encargado de economía y hacienda durante la

monarquía de Luis XVI, en plena crisis del Antiguo Régimen. Sus propuestas para superar la crítica situación

(pago de impuestos de los grupos privilegiados, disolución de gremios, reformas aduaneras, tolerancia religiosa

para los protestantes, etcétera) no fueron bien vistas por la alta nobleza y el alto clero, razón por la cual sólo

duró en su cargo dos años, hasta 1776. Ver: Anne Robert Jacques Turgot (1727-1781). *Discursos sobre el*

progreso humano, Madrid, Tecnos, 1991.

⁶¹ Kant, “Idea de la historia universal en sentido cosmopolita”, en *op. cit.*, p. 39.

que ellos ignoran [...]”⁶² Entonces, la historia se ocupaba de la narración de esos fenómenos y descubría, en el juego de la libertad humana en *grande*, un curso regular.⁶³

Al descubrir y escribir la historia universal conforme al plan de la Naturaleza, previamente concebido, toda la humanidad tendería a conformar la asociación ciudadana, esto es, propulsaría la idea de la historia universal en un sentido cosmopolita, como la concebía Kant. En este universalismo, unas veces una nación y otras veces otra representarían el florecer de la humanidad.⁶⁴

La historiografía ilustrada francesa coincidió con la idea de Kant y, en función de su universalismo, también se preocupó por estudiar lo particular. El pasado aparecía como un cúmulo de experiencias de sociedades apartadas por el tiempo y el espacio que era necesario observar para distinguir los diferentes puntos de vista y las múltiples relaciones entre las cosas. Algunos escritores que viajaban fuera de Europa o leían los libros de viajeros y exploradores que se difundían en ese entonces –Montesquieu, por ejemplo--, describieron la variedad de las costumbres humanas y la influencia de las condiciones geográficas en la diversidad social. De ahí surgieron esquemas donde los distintos pueblos aparecen siguiendo cadenas de desarrollo hasta completar el mapa global del mundo.⁶⁵

Voltaire y Condorcet pusieron especial atención en la manera como los pueblos habían desarrollado los conocimientos técnicos, artísticos, científicos para dominar a la naturaleza. La lucha contra la barbarie y la ignorancia apareció en ellos como la *ley natural* que había hecho posible la organización de las instituciones que configuraban la base de las civilizaciones. Rousseau, en cambio, no compartió ese punto de vista. Para él, las instituciones habían llevado a los hombres a alejarse de la naturaleza y perder “la simplicidad, la pureza de corazón y la vida de justicia natural, igualdad social y sentimiento humano espontáneo; el hombre artificial había aprisionado, esclavizado y arruinado al hombre natural.”⁶⁶

⁶² *Ibid.*, p. 40.

⁶³ *Ibid.*, p. 39.

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 61-65.

⁶⁵ Berlin, *op.cit.*, p. 63.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 64.

Con la Ilustración, la distinción entre crónica e historia dio un paso importante ya que procuró que los rumores, los chismes, las anécdotas, los milagros y las alabanzas excesivas pasaran por un riguroso examen y, en su defecto, fueran eliminadas; además de rechazar la crónica, la simple sucesión cronológica de los acontecimientos, como ciencia. El pasado se asumió como maestro del presente y el futuro y, en este sentido, la crítica, la principal actividad de la razón, se cultivó como el mejor método, el mejor camino de aproximación a la verdad, al procurar extraer del mar de datos y hechos menores las grandes lecciones a seguir (a pesar de haber ilustrados que consideraron a la verdad como algo siempre provisional).

Las revelaciones bíblicas se minimizaron en favor de explicaciones fundadas en la razón y las religiones se estudiaron, inclusive el cristianismo, como creaciones humanas, más que como designios divinos. Esto dio lugar al comienzo de un nuevo campo de estudio conocido como “religiones comparadas”.⁶⁷

La crítica a la Iglesia católica y al cristianismo abrió nuevos terrenos de indagación histórica pues los historiadores secularizaron la idea de causalidad y dejaron de usar las fuentes puramente sagradas o de autoridades comprometidas con la teología. Para los ilustrados, la fortuna o lo divino no habían dominado el mundo, sino las múltiples relaciones de causa a efecto. Las causas generales y las causas particulares y no las órdenes secretas de la Divina Providencia --como lo había expresado Jacques Bossuet⁶⁸-- propiciaban tanto el auge como la decadencia de las naciones.

La paleografía, la numismática, las colecciones de documentos y la erudición que antes se usaban para demostrar las verdades históricas de la religión cristiana⁶⁹, se pusieron al servicio del nuevo relato del pasado, abandonando las valoraciones éticas de las conductas pecaminosas que daban cuenta de milagros o estaban impregnadas de intenciones divinas, así como las interpretaciones que atribuían ciertos fenómenos al castigo divino.⁷⁰

⁶⁷ Outram, *op. cit.*, p. 153.

⁶⁸ Su obra, el *Discurso sobre la historia universal* (Barcelona, Cervantes, 1940), fue la más influyente en la Francia en el siglo XVII.

⁶⁹ Gay, *op. cit.*, p. 359.

⁷⁰ Uno de los casos más discutidos entre los filósofos ilustrados y la Iglesia católica por cuestionar las ideas

Montesquieu⁷¹

Las *Cartas persas*, escritas en 1721 por Montesquieu, se han tomado como el punto de arranque de la Ilustración por contener los temas principales debatidos en el siglo XVIII.⁷² En esta obra y en las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y de su decadencia* (1734), Montesquieu mostró su interés por el pasado humano, sin embargo fue en *El espíritu de las leyes* (1748) --la obra que lo ocupó toda su vida y cuya influencia se extendió por toda Europa-- donde plasmó una nueva interpretación del pasado en la cual, por primera vez, se puso atención en pueblos con otras culturas para valorar positivamente sus tradiciones (árabes, chinos, tártaros, etcétera). Para ello recogió documentos *ex profeso*⁷³, pero no los sometió a crítica, sino que los tomó como verdad y, por lo tanto, aceptó exageraciones y repitió fábulas sin fundamento.

tradicional relacionadas con Dios, las fuerzas naturales y el papel de los seres humanos en la historia, fue el terremoto, maremoto e incendio de Lisboa de 1755, que arrojó entre 60 y 100 mil muertos y cambió radicalmente la historia de Portugal. Voltaire reflexionó sobre este hecho en dos de sus obras (el *Poema sobre el desastre de Lisboa* y la novela *Cándido*) y, entre otras cosas, destacó la presencia del mal sobre la Tierra, la crueldad de la Naturaleza y el papel del azar en la vida de los hombres.

⁷¹ Montesquieu (1689-1755) fue un noble de toga (poseedor de un cargo público al servicio del rey), consejero y presidente con birrete del Parlamento de Burdeos, que defendió sus tierras y rentas y los privilegios políticos de su estrato social, pero, al mismo tiempo, adoptó ideas liberales; consciente de que el Estado debía cubrir las necesidades básicas de todos los ciudadanos, garantizar su educación y buena salud, y acabar con el egoísmo que lesiona a la sociedad. Es difícil etiquetarlo, porque incursionó en los distintos campos del saber con la convicción de que todo está relacionado y las fronteras entre las ciencias no existen; todas son positivas y cooperan entre sí. Lefebvre, *op. cit.*, p. 143. Para esta antología se han seleccionado unas cuantas páginas del *Del espíritu de las Leyes*, aunque, como el mismo Montesquieu pide en el Prefacio, es necesaria su lectura completa para formarse una idea cabal de su contenido. Charles de Montesquieu, *Del espíritu de las Leyes*,

Porrua, México, 2003, p. 1.

⁷² Munck, *op. cit.*, pp. 15-16.

⁷³ *Ibid.*, p. 16; Starobinski, *op.cit.*

Como lo sugiere su título, la finalidad del *El espíritu de las leyes* es investigar las “leyes”, esto es, las constantes o regularidades del acontecer humano, los hechos que se asemejan, repiten y rigen los comportamientos a lo largo del tiempo, por existir una razón o universal que actúa por encima de ellos. Tomando como modelo la Constitución de *Inglaterra*, en esta obra Montesquieu propone la creación de un sistema político que garantice la libertad de los individuos. Para ello, legitima el régimen señorial y la venta de cargos públicos, pero lucha porque el rey restablezca el régimen representativo y el respeto de los derechos esenciales del individuo. Dado que la opresión se facilita cuando el poder ejecutivo y el legislativo se reúnen en la misma persona, Montesquieu se pronuncia en favor de la separación de los poderes en tres partes, lo cual evita la centralización y hace que cada uno cumpla una función de compensación, moderación y modificación del otro: la separación de poderes establece los límites que garantizan la justicia.⁷⁴

Según Montesquieu, el miedo a la muerte y la catástrofe motivó a los seres humanos a establecer leyes que les permitieran actuar con orden y concierto para dominar a la naturaleza y, al mismo tiempo, para garantizar su libertad, que es el derecho de hacer lo que las leyes permiten. De ahí surgieron las prohibiciones, los ritos y los cultos religiosos, pero también el deseo de conocer a la naturaleza. La primera ley fue entonces el deseo de paz, la segunda el temor, la tercera la necesidad de vivir juntos y la cuarta la sexualidad.

Montesquieu piensa que los seres humanos crearon las leyes políticas, civiles, religiosas, etcétera, para evitar el exceso de libertad, es decir, para combatir sus propios actos salvajes y establecer formas de convivencia y relaciones justas entre los distintos órdenes. “La ley, en general, es la razón humana en cuanto se aplica al gobierno de todos los pueblos de la Tierra; y las leyes políticas y civiles de cada nación no deben ser otra cosa sino casos particulares en que se aplica la misma razón humana”.⁷⁵ Estas deben estar bien amoldadas a las condiciones del pueblo para la cual se hacen, o sea, relacionadas con su clima, su extensión territorial, los oficios de su gente, su grado de

⁷⁴ Groethuysen, *Filosofía...*, *op.cit.*, pp. 71-75; Starobinski, *ibid.*

⁷⁵ Montesquieu, *op.cit.*, p. 9.

libertad, su religión, riqueza, comercio, etcétera. De ahí el objetivo perseguido por esta obra: estudiar lo que en conjunto su autor denomina “espíritu de las leyes”.⁷⁶

Las leyes son hechos históricos y positivos que tienen como finalidad garantizar el orden y guardan un “espíritu” que es el juego o la libre actuación de los individuos en el marco de las mismas leyes para que todos ellos alcancen la felicidad.⁷⁷ Todo se rige por leyes hechas por Dios que los hombres violan sin cesar por estar sujetos, como toda inteligencia finita, a la ignorancia, al error y las pasiones; pero que con el desarrollo de la razón las leyes se tienden a acatar.

Las leyes, en su significación más extensa, no son más que las relaciones naturales derivadas de la naturaleza de las cosas; y en este sentido, todos los seres tienen sus leyes: la divinidad tiene sus leyes, el mundo material tiene sus leyes, las inteligencias superiores al hombre tienen sus leyes, los animales tienen sus leyes, el hombre tiene sus leyes.⁷⁸

Es frecuente identificar a Montesquieu con el determinismo geográfico, en tanto él sobrevaloró los efectos del medio ambiente en el grado de desarrollo de los pueblos; de hecho criticó la vida contemplativa y ociosa y exaltó el trabajo como medio para superar las limitaciones del clima y los recursos naturales. Afirmó que las causas físicas imponían los temperamentos y comportamientos de los pueblos e individuos, así como el tipo de organización política que eligen. No obstante estas determinaciones, las causas morales podían modificar las causas físicas.

Según Montesquieu, cada pueblo posee su individualidad y es necesario analizarlo tomando en cuenta sus propias circunstancias (el clima, la economía, las jerarquías sociales, las ideas morales, los principios religiosos, etcétera), lo cual, en conjunto, conduce al descubrimiento del “espíritu de los pueblos”. Un ejemplo se encuentra en las razones que ofrece para explicar algunos problemas de la historia de China: “...las virtudes de los que fundaban las dinastías rara vez se transmitían a sus sucesores: la corrupción, el lujo, la ociosidad, la pereza, los aislaba [a los príncipes] de su palacio; su vida se acortaba: empezaba la degeneración de su familia.”⁷⁹

⁷⁶ *Ibid.*, p. 10.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 1

⁷⁸ *Ibid.*, p. 3

⁷⁹ *Ibid.*, p. 95.

El espíritu de las leyes ha sido de gran utilidad para los historiadores pues muestra cómo la historia de la legislación permite penetrar en la forma de vida y las transformaciones registradas en las sociedades pretéritas, y cómo las leyes reflejan su idea del mundo y su actuación. De acuerdo con Montesquieu, el espíritu de un pueblo se forma de aquello que “[...] gobierna a los hombres: el clima, la religión, las leyes, las costumbres, las máximas aprendidas, los ejemplos del pasado...”⁸⁰ Los pueblos se vuelven grandes y poderosos por sus leyes y de ellas depende su felicidad. Sin embargo, no se puede sostener que un pueblo sea superior a otro; cada uno de ellos ha intervenido en la Naturaleza a su manera, y ha creado usos, costumbres, leyes y estados, y se ha agrupado en uniones, pueblos y naciones conforme a sus necesidades. Para comprender cómo, porqué y para qué se hicieron las leyes, Montesquieu recorre las distintas formas de organización social y las compara. Con base en sus experiencias, recomienda a los viajeros entender la singularidad de cada sociedad y valorar sus religiones y formas de vida, aunque se opongan a lo propio y lo universal.⁸¹

Al igual que otros ilustrados, Montesquieu pensó que la razón fue la facultad dada por Dios a los seres humanos para descubrir las leyes de la Naturaleza, sin embargo, en su idea de la historia, las religiones han sido necesarias, sobre todo para el pueblo llano, y deben convertirse en objetos de conocimiento, estudiados en su contexto histórico, en sus nexos con el clima y la vida de las naciones. La Providencia no juega algún papel. De ahí que critique las monstruosas injusticias de la Inquisición, la riqueza acumulada por la Iglesia, y a los malos dignatarios que sólo han mirado por sus intereses personales.⁸²

Voltaire⁸³

⁸⁰ *Ibid.*, p. 280.

⁸¹ Groethuysen, *Filosofía...op.cit.*, pp. 5-68.

⁸² Starobinski, *op. cit.*, p. 61.

⁸³ Voltaire (1694-1778) nació en París y asistió al colegio jesuita Louis-le-Grand de París. Su padre fue jurista y tuvo como clientes a familias ilustres. Él también estudió leyes, pero se dedicó a escribir. Estuvo preso en la Bastilla en 1717 por publicar el texto *Henriade*, una burla del régimen y crítica de la Iglesia católica. En 1726 fue obligado al exilio en Inglaterra y, posteriormente, se refugió en casa de Madame du Châtelet, una dama

A juicio de Georges Lefebvre, Voltaire es “el maestro de la historia racionalista [...] y el fundador de la historia verdaderamente moderna”.⁸⁴ Él defendió el poder de la razón y la ciencia e introdujo en Francia el racionalismo experimental inglés de Newton y las ideas ilustradas de John Locke. Gracias a sus buenas relaciones sociales, por pertenecer a la burguesía francesa de los negocios, en su obra historiográfica recurrió a los testigos oculares de los hechos, tuvo acceso a archivos y consiguió una amplia información y memorias inéditas como las de Luis XIV.

Si bien Voltaire no proporciona referencias en sus textos, pues en esa época el aparato crítico no se empleaba como hoy, este historiador sometió los hechos del pasado a examen. En el caso de su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia desde Carlomagno hasta la muerte de Luis XII* (1756) se limitó a consultar escritos publicados, pero en sus *Cartas inglesas* (1734) trabajó con documentos inéditos, y en *El Siglo de Luis XIV* (1751)⁸⁵ empleó testimonios orales, pero procurando cerciorarse de su veracidad.

Voltaire cuestionó que la gente leyera las historias antiguas “sin discriminación ni juicio” y en su cabeza sólo se metieran errores. De este modo, la búsqueda de la verdad trató de acompañar a sus argumentaciones: “Guardémonos de mezclar lo dudoso con lo cierto, y lo quimérico con lo verdadero; bastantes pruebas tenemos de las grandes

intelectual y aristócrata que como otras de su mismo estrato social abrieron salones donde la comunicación

entre los géneros masculino y femenino se extendió. Voltaire fue partidario de la forma inglesa de gobierno

por estar encomendado a una minoría acomodada, pero intelectual y con pocos privilegios. Por ello, no vio

inconveniente en conservar la monarquía absoluta, siempre y cuando fuera ilustrada, porque –para él–

el pueblo es ignorante y hay que dirigirlo y dominarlo con la fuerza física y la religión. Aceptó una idea del

progreso, pero discontinua y en ocasiones con retrocesos, y creyó que la riqueza y el orden aseguraban el

bienestar económico y el avance de las ciencias y las artes. De ahí su postura en contra de las guerras, la

violencia y el fanatismo religioso. En 1750 Voltaire viajó a Berlín invitado por Federico II de Prusia a fin de

intercambiar reflexiones. Este filósofo e historiador murió en 1778, a los 84 años, en París. Henry Noel Brailsford, *Semblanza de Voltaire*, FCE, México, 1998; Lefebvre, *op. cit.*, pp. 137-138.

⁸⁴ Lefebvre, *ibid.*, p. 131.

⁸⁵ En 1731 Voltaire escribió la *Historia de Carlos XII. El Siglo de Luis XIV* apareció parcialmente entre 1732-

revoluciones del globo, sin necesidad de buscar otras nuevas”.⁸⁶ Además recomendó cuidarse de toda fábula y de las múltiples mentiras que plagan la historia. No practicó la erudición estéril ni se conformó con una única fuente como esta cita lo denota: “Tenemos respecto a Ciro dos fábulas principales: la de Herodoto y la de Jenofonte, que se contradicen en todo, y que mil escritores han copiado con la mayor indiferencia.”⁸⁷

Voltaire recurrió a la duda metódica de Descartes e intentó aplicarla a la crítica de las autoridades y a la crítica documental al no dejarse cegar por los elogios ni confiar ciegamente en las fuentes. Pero, a pesar de sus reclamos para hacer de la historia una disciplina científica, adoptó las ideas que más se ajustaron a las suyas y en sus juicios reprodujo mitos y falsificaciones. Por ejemplo, alabó sin medida a personajes como Catalina II, por ser una déspota ilustrada que coincidió con su programa; se atuvo a los datos que ella le proporcionó para escribir la *Historia del Imperio ruso bajo Pedro el Grande*, y proyectó su moral cristiana al calificar de libertinas las costumbres sexuales de pueblos como los griegos antiguos, o al considerar que la castración, la circuncisión y otras “costumbres extrañas” eran fantasías.⁸⁸

Influido tal vez por madame du Châtelet, con quien compartió una buena parte de su vida intelectual y sentimental, y a quien los libros de historia le parecían áridos, sin interés ni objeto filosófico, Voltaire despreció las generalizaciones vagas, los relatos ornamentados y pintorescos, llenos de detalles y enseñanzas morales, así como los tratados oficiales escritos con intenciones políticas. Pensó que la historia debía narrarse como un drama que atendiera a las ideas generales y contuviera “un nudo y un desenlace” para promover el interés general.⁸⁹ Esto explica porqué en *El Siglo de Luis XIV* abandonó el relato cronológico y se aventuró a ordenar la narración por problemas: los ejércitos, las finanzas, la religión, etcétera.

El fragmento incluido en esta antología corresponde al *Ensayo sobre las costumbres...*, obra considerada una de las primeras historias universales o historia de

1739, totalmente en 1751, y fue retocada y rescrita en 1766. Lefebvre, *op.cit.*, p. 131.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 3.

⁸⁷ Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia desde Carlomagno hasta la muerte de Luis XIII*, Hachette, Buenos Aires, 1959, p. 34.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 36-39.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 141.

las civilizaciones, por intentar incluir en ella la historia de Asia (Turquía, China, Japón, etcétera). Originalmente fue publicada en 1756 y perfeccionada para reaparecer en su versión definitiva en 1769.⁹⁰ En 197 capítulos, Voltaire aborda los orígenes del hombre, las civilizaciones griega, romana, india, china, persa, árabe, el Imperio romano, la historia de Italia y de la Iglesia durante el imperio de Carlomagno, la Edad Media, la Europa de fines del siglo XV, Carlos V, los descubrimientos europeos de otros mundos y sus consecuencias. La obra concluye con el reinado de Luis XIV y el siglo XVII en Francia. Como se puede observar, sus ejes conductores son las civilizaciones y las disputas entre los poderes terrenal y clerical.

En *El Ensayo...* se advierten las intenciones de Voltaire de desacralizar la historia, es decir, de borrar explicaciones que atribuyan la ocurrencia de los hechos a las fuerzas divinas o a la providencia. Para él todo es producto de los seres humanos, fundamentalmente de las grandes personalidades, y es necesario buscar las causas profundas del devenir histórico. Trata de explicar el origen de las creencias religiosas como posteriores a las necesidades materiales, pues para él lo físico siempre gobierna lo moral. No obstante, es deísta, o sea, cree en la Providencia⁹¹ y en que todo está determinado por la Naturaleza y sus leyes. Han cambiado muchas cosas a lo largo de la historia – cree Voltaire -- pero el instinto humano ha mostrado su tendencia a que predominen los valores universales y la perfección. Así como ha dado plumas a las aves y pieles a los osos, “Dios nos ha dado un principio de razón universal”, el cual subsiste a pesar de los intentos pasionales de aniquilarlo. Esto explica porqué los hombres reconocen las injusticias que se cometen a otros.⁹²

Voltaire califica al género humano de “insensato e imbécil” por creer en supersticiones. Él lucha en contra del espíritu dogmático, el autoritarismo de las sectas y el despotismo de la Iglesia⁹³, y valora las religiones como invenciones astutas de quienes quieren vivir a expensas de los demás. No obstante, busca el espíritu de las

⁹⁰ Lefebvre, *op. cit.*, p. 131.

⁹¹ Voltaire, *Ensayo...*, pp. 5-10.

⁹² *Ibid.*, pp. 15-23; Groethuysen, *Filosofía...*, *op. cit.*, p. 113.

⁹³ Groethuysen, *ibid.*, p. 113.

costumbres de una época⁹⁴ y dice que la idea de Dios corresponde al grado de desarrollo de un pueblo y, en tanto éste sea ignorante, necesitará una religión.⁹⁵

A pesar de la diversidad, Voltaire sostiene que la naturaleza es la misma en todas partes y los seres humanos han adoptado las mismas verdades, los mismos valores morales y los mismos errores en función de sus necesidades. De ahí la presencia de la serpiente como animal de adoración en muchas religiones y su adopción universal como fuente del bien y del mal. Por otro lado, formula una cierta teoría difusionista de la cultura impregnada de algunas ideas religiosas al afirmar que:

El pueblo más antiguo es siempre imitado por los que le suceden; aprende su idioma, siguen parte de sus ritos, se apropian de sus tradiciones y de sus fábulas. Sé cuán oscuros son todos los orígenes, sean caldeos, sirios, fenicios, egipcios o griegos. ¿Qué origen no lo es? Lo único que podemos saber de cierto sobre la formación del mundo es lo que su creador se habría dignado enseñarnos por sí mismo. No marchamos con certeza más que hasta ciertos límites; sabemos que Babilonia existía antes que Roma; que las ciudades de Siria eran poderosas antes de que se conociera Jerusalén; que había reyes de Egipto antes de Jacob, antes de Abraham; sabemos que sociedades se establecieron últimamente, pero para saber con precisión cuál fue el primer pueblo, hace falta una revelación.⁹⁶

Si bien Voltaire fue un asiduo viajero a quien le interesaron los lugares considerados extraños en ese entonces, en su distinción de las razas humanas conservó los prejuicios y estereotipos que circulaban por Europa. Esto explica porqué habla de los negros como animales y afirma su menor inteligencia frente a otros grupos humanos;⁹⁷ aunque esto no lo haga considerar a la civilización occidental superior, pues, bajo su óptica cosmopolita y comparativa, la civilización oriental igualó o superó a la europea hasta el siglo XVII.

Condorcet⁹⁸

⁹⁴ Lefebvre, *op.cit.*, p.140.

⁹⁵ Voltaire, *Ensayo...*, p. 10. Durante el siglo XIX, las ideas de Voltaire acerca de las religiones fueron debatidas por los filósofos, combatidas por la Iglesia católica, y retomadas por los socialistas en sus proyectos.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 42.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 4.

⁹⁸ Condorcet (1743-1794) fue un hombre de principios firmes, matemático, historiador de las ciencias, secretario

de la L'Académie française, editor y escritor de una biografía de Voltaire y miembro de la Asamblea Legislativa en 1792 y en la Convención en 1793, donde discutió la nueva constitución francesa. El *Bosquejo*

Como se ha visto hasta ahora, los ilustrados coinciden en que la historia demuestra el despliegue del progreso y en que la razón se ha impuesto y seguirá imponiéndose en el futuro para lograr la felicidad general. Para ello, según Condorcet, es necesario destruir los prejuicios establecidos en relación con la diferencia entre los géneros, reprobando la guerra y, en general, la violencia.

Con despliegue de optimismo este *philosophe* afirma:

Los pueblos sabrán que no pueden convertirse en conquistadores sin perder su libertad; que las confederaciones perpetuas son el único medio de mantener su independencia; que deben buscar la seguridad y no el poderío. Poco a poco, los prejuicios comerciales se disiparán; un falso interés mercantil perderá el espantoso poder de ensangrentar la tierra y de arruinar a las naciones con el pretexto de enriquecerlas. Como los pueblos se hermanarán, en fin, por los principios de la política y de la moral; como cada uno de ellos, para su propio provecho, apelará a los extranjeros por una repartición más equitativa de los bienes que debe a la naturaleza o a su industria, por todas esas causas que producen, envenenan y perpetúan los odios nacionales, se desvanecerán poco a poco; ya no volverán a suministrar al furor belicoso, alimento, ni pretexto.⁹⁹

La obra de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1794), de la cual esta antología toma un fragmento, lleva este nombre porque, consciente de las enormes dimensiones que imponía el estudio completo de la historia, este historiador aspira a elaborar solamente el “bosquejo de un cuadro” dividido en 10

de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano lo escribió durante el tiempo que estuvo encarcelado por la dictadura de Robespierre, quien lo vio como un enemigo de la Revolución francesa por

pertenecer al ala de los enciclopedistas que criticó a los sacerdotes, pero pactó con los reyes y nobles.

Condorcet se envenenó para evitar el cadalso. Él creía que la igualdad debía alcanzarse, pero no a costa de la

libertad. Esto puede advertirse por lo menos en tres de sus textos: en el *Informe y proyecto de decreto sobre*

la organización general de la instrucción, al reclamar el derecho de los ciudadanos a recibir una educación

libre de imposiciones autoritarias; en sus *Reflexiones sobre la esclavitud de los negros*, donde, tras demostrar

lo injusto de esta institución, propone su paulatino desmantelamiento, y en *Sobre el derecho de ciudadanía de*

las mujeres, el cual defiende la igualdad entre hombres y mujeres como derecho y medio de disfrute de la

libertad. Ver: Alain Pons “Introducción” a Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, Marqués de Condorcet, *Bosquejo*

de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano y otros textos, FCE, México, 1997, pp. 36-37.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 18.

épocas: las tres primeras abarcan desde los orígenes de la humanidad hasta la invención de la escritura; la cuarta trata la historia de Grecia; la quinta la historia de Roma; y de la sexta a la novena se destacan los grandes inventos hasta la Revolución Francesa, especialmente la imprenta y otras contribuciones encaminadas a mejorar la comunicación, socializar la sabiduría y formar la “opinión pública” ilustrada, es decir, abrir espacios para que la entera sociedad participe (principio de igualdad) del conocimiento de la realidad.¹⁰⁰ Por último, la décima época traza el proyecto moral del porvenir y, con base en sus supuestos científicos, prueba que la humanidad avanzará hacia la edad de oro en la cual las desigualdades desaparecerán y privará la armonía plena.

Condorcet vio la posibilidad de unir las ciencias y las letras al aplicar el cálculo de probabilidades al estudio de la sociedad.¹⁰¹ Si bien su obra no logra llevar a cabo tal experimento, sí se esfuerza por seguir la pauta científica de limitarse a narrar el tiempo terrenal de los hombres y no el eterno de la Providencia. Como parte de su fe en el progreso, este historiador espera que las ciencias y las artes ejerzan una influencia directa en el plan de perfeccionamiento indefinido, toda vez que la especie humana camine “[...] con paso firme y seguro por la ruta de la verdad, de la virtud y de la felicidad [...]”¹⁰² En este sentido, se adelanta a Saint Simón y Comte, pero difiere de ellos al no creer que la evolución hacia la perfección siga las leyes de la historia¹⁰³, aunque el fundamento de su comprobación se encuentre en el pasado.

El *Bosquejo...* responde a una pregunta básica:

¿Alcanzarán todas las naciones algún día el estado de civilización a que han llegado los pueblos más instruidos, los más libres, los más exentos de prejuicios, como lo son los franceses y los angloamericanos? Esa distancia inmensa que separa a estos pueblos de la servidumbre de los indios, de la barbarie de las poblaciones africanas, de la ignorancia de los salvajes, ¿habrá de desvanecerse poco a poco?¹⁰⁴

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 31; 36-37.

¹⁰¹ En su *Ensayo sobre la aplicación del análisis a la probabilidad de las decisiones sometidas a la pluralidad de voces* (1795) Condorcet intenta aplicar un modelo matemático para predecir los resultados de una votación.

¹⁰² *Ibid.*, p. 26.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 185-210.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 1.

La motivación de la pregunta es claramente ilustrada, y más cuando poco después Condorcet afirma: “Nuestras esperanzas en cuanto al destino futuro de la especie humana pueden reducirse a tres cuestiones: la destrucción de la desigualdad entre las naciones; los progresos de la igualdad en un mismo pueblo; en fin, el perfeccionamiento real del hombre”¹⁰⁵; que se lograrán cuando la vida sea dominada por la razón, y la miseria y la estupidez humanas sean sólo accidentales.¹⁰⁶

Por otra parte, Condorcet se pronuncia en contra del colonialismo por sanguinario, usurpador y destructor, y guarda esperanzas de su desaparición cuando Europa libere a las naciones sometidas y las conduzca por la senda de la civilización,¹⁰⁷

[...] cuando las necesidades recíprocas hayan reunido a todos los hombres, cuando las naciones más poderosas hayan establecido la igualdad entre las sociedades como entre los individuos, el respeto por la independencia de los estados débiles, así como la benevolencia para la ignorancia de los miserables, en la categoría de sus principios políticos...

No vale la pena –afirma Condorcet– “llenar la tierra con seres inútiles y desdichados”; la multiplicación de los seres humanos no tiene sentido si no son felices.¹⁰⁸ La igualdad en la instrucción y entre las naciones acelerará el progreso de las ciencias al aumentar la población y el número de observaciones y experimentos. Por ello se pronuncia en favor del Estado y la educación, y porque la riqueza deje de ser el medio para satisfacer la vanidad y la ambición.¹⁰⁹ Para acabar con la desigualdad, propone la creación de asociaciones que promuevan la industria, excluyan las relaciones de dependencia y todo lo que sumerja a la gente en temores supersticiosos o esperanzas quiméricas y la ayude a escapar del charlatanismo para juzgar por sí misma los errores y no dejarse embaucar por los astutos.¹¹⁰

También para Condorcet, la crítica es el método a seguir para llegar al conocimiento. A ella este autor añade la autocrítica, el hábito de reflexionar sobre la propia conducta para dirigir correctamente la moral y para que el pacto social alcance

¹⁰⁵ *Ibidem.*

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 2.

¹⁰⁷ *Ibid.*, pp. 3-4.

¹⁰⁸ *Ibid.*, pp. 13-15.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 7.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 9.

una mayor igualdad, grados superiores de justicia, beneficios, benevolencia, libertad¹¹¹, y el perfeccionamiento de las leyes y las instituciones públicas.

Rousseau¹¹²

La obra de Rousseau circuló profusamente durante los treinta años posteriores a su primera publicación, tanto en ediciones originales como piratas, y fue la que más influyó en la ideología popular de la Revolución francesa, al grado de que, para algunos, “[...] leer a Rousseau les originaba una enajenación casi mística [...]”¹¹³ Las críticas realizadas por este ginebrino a los planteamientos de algunos *philosophes*, al estado de cosas y a la manera como entonces se valoraba la historia, lo colocaron en un lugar destacado, ya que de ahí se desprendieron nuevas posturas filosóficas.

Rousseau cuestionó la fría objetividad de la lógica y la razón por considerar que rebajaba a los seres humanos, al menospreciar sus experiencias interiores --la esencia humana--, proveedoras de expresiones artísticas y de conciencia de sí mismo. Por ello, en este pensador se han encontrado los orígenes del romanticismo, el movimiento que ejerció una notable influencia en la historiografía por recuperar la atención en los sentimientos y los instintos de los hombres como orientadores de las conductas, así como manifestaciones superiores del conocimiento de la realidad y, sobre todo, de aproximación a Dios.

La exploración y conquista de nuevos mundos avivó el sueño de Rousseau de retornar a la simplicidad de la naturaleza, a la edad de la inocencia y a las edades históricas donde --según él -- había reinado la plena armonía, porque el sentimiento dominante era el amor. Esto lo expresó en su *Discurso sobre el origen de la*

¹¹¹ *Ibid.*, pp. 17-18.

¹¹² Jean Jacques Rousseau (1712-1778) fue un republicano ginebrino, enemigo del despotismo monárquico que

llegó a París y asistió a los salones que entonces estaban de moda. No se identificó con las ideas ni las discusiones que se planteaban en ellos, tampoco con la vida social que rodeaba a los *philosophes* parisinos,

prefirió el aislamiento y se volvió bastante solitario, aunque conservó amigos ilustrados como Diderot y se

enfrentó a las autoridades quienes lo amenazaron varias veces con el encarcelamiento. Munck, *op. cit.*, p. 26,

307; Groethuysen, *Filosofía... op.cit.*, pp. 132-134; Lefebvre, *op.cit.*, p. 160.

¹¹³ Munck, *ibid.*, pp. 122, 142.

desigualdad entre los hombres (1754), junto con su creencia en la bondad innata del ser humano y la igualdad realmente existente entre los hombres.

El gran problema detectado por Rousseau es el rumbo que han tomado las sociedades al permitir que los hombres vivan entre máscaras y fachadas, así como preocupados por lo que piensan de ellos los demás; quieren ser admirados o temidos – dice el ginebrino--, pero no se preguntan por sí mismos, ni se dan cuenta de que la verdadera filosofía está en el “conócete a tí mismo”.

El pasado es importante para Rousseau pues ayuda a descubrir el origen del mal y a advertir cómo todos los grandes problemas sociales provienen de la dependencia que unos hombres establecen con otros, y de las desigualdades generadas por el orden social. Según este ilustrado, cuando un hombre intentó ponerse por encima de otros, llegaron los malos sentimientos, el odio, la envidia, la malquerencia; y, al nacer la propiedad privada, siguieron otros males como la división entre ricos y pobres.¹¹⁴

De acuerdo con el *Contrato social* (1762) --una de las obras de Rousseau donde mejor se observa su atenta lectura de Montesquieu--, la libertad es un derecho innato que no puede ser concedido u otorgado. La libertad consiste en no poder ser obligado a hacer lo que la ley no ordena, pero, para garantizarla, debe imponerse una ley que todos obedezcan.¹¹⁵ Por consiguiente, los hombres han de gozar de la libertad de disponer de su vida y pensar lo que quieran y, cuando todos hayan desarrollado la facultad de pensar por sí mismos, nacerá la nueva humanidad.¹¹⁶ Asimismo, coincide con Montesquieu al señalar que la libertad se adquiere al amparo de las leyes civiles, y estas pueden ser modificadas por una nación en función de sus costumbres y modales.¹¹⁷

Para Rousseau el Estado es una asociación de individuos dotados por sí mismos de derechos. El fin de esta asociación es respetar los derechos de todos los miembros de una comunidad, los cuales establecen sus representantes en el contrato social, cuya

¹¹⁴ Juan Jacobo Rousseau, “Discurso sobre el origen de la desigualdad” pp. 97-173, en *El contrato social o principios de derecho político. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen de la desigualdad*, Porrúa, México, 1975.

¹¹⁵ Groethuysen, *ibid.*, pp. 141-146.

¹¹⁶ Munck, *op. cit.*, p. 26; Groethuysen, *Filosofía... op. cit.*, pp. 172-183.

¹¹⁷ Montesquieu, *op. cit.*..., pp. 285.

finalidad es la defensa y protección de unos a otros; pues la comunidad representa el valor moral más elevado y de ella se desprende la voluntad general que produce la libertad civil. Para vivir dentro de un orden social, es necesaria una actitud moral particular, una especie de catecismo ciudadano basado en la bondad que todo el mundo acepte y cumpla.¹¹⁸ El contrato social es el acuerdo o pacto de todos los ciudadanos por el cual reconocen una entidad por encima de su yo egoísta; una vida en común regida por dichas leyes.¹¹⁹

Lo anterior también lo expresa en *Emilio, o de la educación* (1762), una obra prohibida por el parlamento francés y quemada públicamente cuando apareció. En ella, Rousseau resalta la importancia de la universalización de la educación en la formación de los nuevos seres humanos: “Desde la primera juventud, la educación debe enseñar a los hombres a considerar la individualidad únicamente en función de la colectividad y su propia existencia, en relación al todo”. Esta identificación con la colectividad se expresa en el amor a la patria y la organización de fiestas públicas que son transmitidas por la historia.¹²⁰

A Rousseau le interesa educar al pueblo, especialmente a las generaciones futuras que transformarán las cosas. De ahí que *Emilio* le enseñe a los jóvenes a “amar a todos los hombres”, a acabar con el egoísmo y la afectación, y a controlar sus sentimientos y pasiones.¹²¹ En el fragmento que recoge esta antología, este autor externa su opinión sobre de algunos historiadores antiguos (Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Salustio, Tito Livio, Plutarco, etc.) para concluir que los profesionales de este oficio no deben juzgar los hechos, sino dejar a los lectores, en este caso a los jóvenes, percibir lo ocurrido más por el corazón que por la razón, pues “[...]”

¹¹⁸ *Ibid.*, pp. 147-150; 183.

¹¹⁹ Rousseau, “El contrato social o principios de derecho político”, pp. 1-76 en *El contrato social... op. cit.*

¹²⁰ Groethuysen, *Filosofía... op. cit.*, p. 151.

¹²¹ Jean Jacques Rousseau, *Emilio, o De la Educación*. Alianza, Madrid, 1990, p. 2. A diferencia de Condorcet,

en esta obra Rousseau plantea cómo la débil condición física de las mujeres, su función reproductora y su

tendencia a dejarse dominar por las emociones, más que por la razón, la condiciona a ser la compañera del

hombre. Este punto de vista fue compartido por la mayoría de los varones en el siglo XVIII. Outram, *op.cit.*,

p. 33.

el juego de todas las pasiones humanas ofrece lecciones semejantes a quien quiere estudiar la historia para conocerse y hacerse sensato a expensas de los muertos.”¹²²

Después de referirse a la aparición de los primeros deseos sexuales y a la manera de conducirlos adecuadamente a fin de contribuir al perfeccionamiento de la humanidad, Rousseau proporciona una serie de novedosas y discutibles afirmaciones, basadas en “pruebas científicas”, para explicar, desde el punto de vista de los impulsos humanos, las diferencias de desarrollo entre los pueblos:

Por regla general se percibe más vigor de alma en aquellos hombres cuyos años jóvenes han sido preservados de una corrupción prematura, que en aquellos otros cuyo desorden ha empezado en el momento de poder entregarse a él; y ésta es sin duda una de las razones por la que los pueblos que tienen costumbres superan de ordinario en sentido común y valor a los pueblos que no las tienen. Éstos sólo brillan por no sé qué pequeñas cualidades sutiles que ellos llaman ingenio, sagacidad, sutileza; pero esas grandes y nobles funciones de sabiduría y de razón que distinguen y honran al hombre con hermosas acciones, con virtudes, con preocupaciones verdaderamente útiles, apenas se encuentran sino en los primeros.¹²³

Tras algunas lecciones de moral cristiana y de interrelacionar las leyes naturales y la vida social, a Rousseau le parece muy importante el conocimiento de los sentimientos y las emociones que los jóvenes pueden percibir al adentrarse en las experiencias de los hombres del pasado.

Que sepa que el hombre es naturalmente bueno, que lo sienta, que juzgue de su prójimo por sí mismo; pero que vea cómo la sociedad deprava y pervierte a los hombres, que encuentre en sus prejuicios la fuente de todos sus vicios; que se vea inducido a estimar a cada individuo, pero que desprecie a la multitud, que vea que todos los hombres llevan más o menos la misma máscara, pero que también sepa que hay rostros más hermosos que la máscara que los cubre.¹²⁴

A diferencia de otros ilustrados que fincan el progreso humano en el conocimiento de la razón, Rousseau acude al relato histórico sobre otros tiempos y lugares y lo aprovecha para criticar a los historiadores que narran más lo malo y catastrófico que lo bueno y ejemplar. Según él la historia “calumnia sin cesar al género humano”, además de que los

¹²² *Ibid.*, p. 26.

¹²³ *Ibid.*, p. 11.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 17.

hechos son modificados por los historiadores, amoldados a sus intereses y entintados con sus prejuicios: “la crítica misma, de la que tanto se habla, no es más que un arte de conjeturar, el arte de escoger entre muchas mentiras la que más se parece a la verdad.”¹²⁵

La Ilustración: un proyecto inacabado

Rousseau cuestionó el que los pensadores europeos justificaran la opresión de los pueblos considerados inferiores por ellos. En efecto, la esclavitud y el colonialismo obstaculizaron el desarrollo de la Ilustración en los siglos XIX y XX, cuando los capitalistas emprendieron una nueva fase de explotación intensiva y salvaje de los seres humanos y de la naturaleza que se alejó de la explotación racional planteada por los ilustrados. La arrogante seguridad de que se llegaría a dominar plenamente el planeta por medio de la avanzada división del trabajo y la sofisticada tecnología llevó a la destrucción irracional de la naturaleza, de los principios humanistas y los derechos del hombre. Para los críticos marxistas del capitalismo, esta estructura económica o modo de producción convirtió a los seres humanos en esclavos de la materialidad y a los objetos en fines en lugar de medios para alcanzar la felicidad. Por ello, contradujo y obstaculizó la emancipación buscada por las luces.¹²⁶ Por otra parte, los términos igualdad y libertad no condujeron a una comprensión unívoca y, con frecuencia, se interpretaron torcidamente para imponer el orden capitalista como única verdad.

Para otros críticos, la idea del progreso que aspiró a la felicidad y la perfección estuvo sustentada en la esperanza y no en leyes científicas. La búsqueda del equilibrio armónico de las fuerzas sociales fue un deseo de inmovilidad que reflejó la intención del

¹²⁵ *Ibid.*, pp. 18-19.

¹²⁶ Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración*, Trotta, Madrid, 1998. En esta obra, publicada justo después de la Segunda Guerra Mundial, estos dos filósofos alemanes de la Universidad de

Frankfurt criticaron el camino elegido por Europa hacia la mitificación del progreso, la racionalidad técnica y

la deshumanización que finalmente condujo a la violencia, la destrucción y el genocidio judío a manos de los

nazis. En ella aclararon cómo el proyecto de la Ilustración debe ser asumido como un proyecto creativo y

constructivo que abandonó el uso del método crítico que había propuesto inicialmente y aceptó la irracionalidad capitalista que convirtió la razón ilustrada en razón tecnológica. Su obra propone la superación

de las interpretaciones desviadas conferidas a la Ilustración.

capitalismo de instituir un sistema absoluto y eterno, obsesionándose con lo mismo que había criticado el proyecto social ilustrado. Por otra parte, la ciencia fue usada para legitimar injusticias o probar la inferioridad intelectual, emocional y física de las mujeres y los esclavos, aunque la propia Ilustración abrió el debate en torno a la esclavitud y el papel de las mujeres en la sociedad, y esto dotara a ambos grupos de argumentos para luchar por su liberación y por conquistar la igualdad de derechos.¹²⁷

En el terreno de la historiografía, el árbol del conocimiento, rescatado por Diderot y D'Álembert de la obra de Francis Bacon, para ordenar las ciencias, las artes y los oficios de *La Enciclopedia*, tendió a perder su tronco articulador para dejar los conocimientos especializados inconexos (lo político, lo económico, lo social, lo religioso, etcétera) y alejar la idea de totalidad. O bien, para todo lo contrario: realizar juicios precipitados y comentarios fuera de lugar; sacar conclusiones rápidas acerca del acaecer pasado; desprender generalizaciones de las fuentes secundarias como verdades para todas las civilizaciones, sin los fundamentos que proporcionan los testigos oculares de los hechos y las fuentes de primera mano. A estas deficiencias metodológicas se añadió la frecuente elección arbitraria de los sucesos y el afán por localizar relaciones de causa y efecto entre unos y otros hechos históricos (causalismo), lo cual daría por resultado cadenas lineales poco apegadas a la complejidad de la realidad.¹²⁸

A finales del siglo XVIII, las críticas al racionalismo ilustrado se multiplicaron, sobre todo entre los románticos.¹²⁹ La idea de universalidad fue cuestionada por oscurecer la sabiduría ancestral de los campesinos, las costumbres inmemoriales, las tradiciones de los pueblos y anular la contemplación de Dios y la naturaleza, de lo intangible e infinito, en suma, por ignorar a la historia del espíritu. Algunas posiciones

¹²⁷ Munck, *op. cit.*, pp. 264-271. Las críticas a la Ilustración no pueden soslayar que sus ideas abrieron las puertas para la conquista de una mayor igualdad entre los hombres y las mujeres al defender los mismos

derechos y oportunidades de educación. Asimismo, al interior de la familia las mujeres ganaron libertades y el

peso del patriarcalismo empezó a disminuir. Por otro lado, en los convenios matrimoniales la felicidad de los

conyugues empezó a ser más importante que la opinión de los padres, aunque persistieron las creencias en la

inferioridad de las mujeres y su inclinación a ser la fuente de la corrupción y la maldad.

¹²⁸ Fueter, *op. cit.*, pp.14-19.

¹²⁹ Ver: Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*, Santillana, Madrid, 2000.

recomendaron el retorno del antiguo régimen, la religión y la vida feudal (restauración) o vieron mal toda forma de política y vida social institucionalizada (anarquismo).

Si bien en el movimiento ilustrado se encuentra la justificación de la modernidad capitalista y, en algunos casos, de la racionalidad tecnocrática e instrumental, y de una visión cerrada y constreñida a los valores europeos, no se puede olvidar que la Ilustración reunió gran cantidad de filósofos, científicos, historiadores, juristas, economistas, literatos, artistas, quienes produjeron numerosos trabajos de contenidos múltiples y convicciones distintas, a veces contradictorias, y que la crítica al mismo sistema procedió de la misma Ilustración, algo consecuente con su método, como se observa en las obras de los socialistas utópicos y, posteriormente, en los trabajos de Karl Marx y Friedrich Engels.

La defensa de todos los seres humanos, de cualquier género, procedencia o clase, para ser tratados por la justicia en igualdad de condiciones; la democracia y la obligación del Estado de proporcionar las mismas oportunidades a todos los ciudadanos a través de la educación y la salud; la garantía de las libertades de expresión, movimiento y reunión; la defensa de la integridad física de los individuos y la prohibición de la tortura y la esclavitud, son algunos principios ilustrados que si bien fueron frecuentemente ignorados después del siglo XVIII, han tendido a adoptarse y reconocerse universalmente en las leyes y las declaraciones de los derechos humanos. En estos principios abrevaron diversos movimientos sociales y políticos, como los independentistas latinoamericanos y caribeños, los sindicalistas del siglo XIX o los de liberación nacional asiáticos y africanos del siglo XX. De este modo, la Ilustración es ambivalente: está sujeta a recibir cuestionamientos y críticas, al tiempo que ser interpretada como una utopía pendiente o un proyecto social inacabado.¹³⁰

¹³⁰ Jürgen Habermas, “La modernidad: un proyecto inacabado” en Jürgen Habermas *Ensayos políticos*, Península, Barcelona, 1986.